

GT 26 "Masculinidades: aportes para un debate necesario en un presente neoconservador"

Aportes para pensar intervenciones con perspectiva de género feminista con varones
privados de su libertad ambulatoria

Autora: Martina Bostal

E-mail: martub.94@hotmail.com

Pertenencia institucional: Estudiante de la Facultad de Trabajo Social - UNLP

Introducción

La mayoría de personas que habitan las cárceles son varones, jóvenes, morochos; varones que de manera consciente e inconsciente construyeron una identidad de género masculina. Estas masculinidades se transforman cuando el contexto que se habita es un contexto de privación de libertad, donde todo está regulado por otro.

Desde el feminismo nos encontramos con la deuda de trabajar con esas masculinidades, de generar estrategias y escenarios de intervención que nos permitan desandarlas, cuestionarlas y reconstruirlas. Si trabajamos sólo con aquellos varones que tienen predisposición para sumergirse en este desafío, ¿cómo podemos abonar a una transformación real? ¿cómo llegar a aquellos lugares que más cuesta? ¿cómo trabajar con varones violentos, varones de sectores populares, varones en contexto de encierro?

Ante este panorama que parece solo abonar a la construcción de una masculinidad hegemónica con sus particularidades, se abre la pregunta de si es posible interpelar a estas masculinidades y propiciar un proceso de deconstrucción a partir de talleres en el marco de un proyecto de extensión¹. Para desandar este interrogante, en un primer momento daré un encuadre teórico-político para en segundo momento desarrollar ciertos aportes para la intervención en este contexto. Entiendo que este trabajo se enmarca en una incipiente aproximación a la temática, y que queda mucho por seguir reflexionando, debatiendo y construyendo.

La cabeza piensa donde los pies pisan: aportes teóricos para pensar la intervención

La cárcel pareciera, a simple vista, ser una institución aislada, una institución total; entiendo que esto no es así, que forma parte de una cadena, de un circuito de selectividad penal, por el que transitan mayoritariamente los sectores populares, y dentro de estos, los varones. Esteban Rodríguez (2015) explica:

¹ Desde el año 2016 participo del proyecto de extensión universitaria: "Atrapamuros. Colectivo de educación popular en cárceles", de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación - UNLP

Llamaremos 'circuito carcelario' (...) a la alta rotación de la población judicializada o en vías de serlo, por distintos espacios de encierro. Una rotación por diferentes instituciones que involucra no sólo a la cárcel sino a las comisarías y los institutos de menores (...). Se trata de un contingente poblacional que no estará mucho tiempo en cada establecimiento sino muchas veces en distintos espacios de encierro (...). Lo que queremos señalar es que existe una tendencia a la circularidad. Las personas que pasaron por prisión tienen muchas probabilidades de volver a ser capturados otra vez, sobre todo si son jóvenes, pobres y morochos.

Hablaremos de 'círculo carcelario' para hacer referencia a un sistema punitivo que perfila trayectorias vulnerables para determinadas categorías sociales. (p.40)

Entonces, para muchxs pibxs de barrios vulnerables, la policía, los institutos de menores, la cárcel son conocidas, son parte del entorno, del barrio, del cotidiano. Esto nos muestra que la cárcel llega más allá que sus propios muros, que atraviesa a más personas de las que cumplen una condena. Y al mismo tiempo, es necesario también pensarla atravesada por múltiples dimensiones, ya que muchas veces se invisibilizan tanto los circuitos económicos alrededor de la misma como el impacto subjetivo hacia las familias. Así como abarca más espacio que el territorio en sí, también tiene impacto en la trayectoria de vida de las personas y su subjetividad. Y en este punto, creo importante retomar otro fragmento del libro de Esteban Rodríguez (2015), que da cuenta de

(...) tres operaciones que, articuladas entre sí, componen o que podemos llamar el grado cero penitenciario (Donzelot, 1991). O sea el punto de partida (o de retorno), en el cual debe ser puesto todo preso para poder ser constituido en sujeto de gobierno penitenciario. Este punto, dijimos, articula tres operaciones de degradación, tendientes a producir tres situaciones de extrema vulnerabilidad:

La indefensión como producto de los actos de agresión física directa y las medidas de sujeción, unas y otras como actos de violencia penitenciaria, o aquella delegada a otros presos.

La desposesión total de bienes personales e incluso de todo gesto o postura que reafirme una identidad, como producto de actos de despojo de las pertenencias y los actos de humillación.

Aislamiento de todo lazo de solidaridad preexistente y/o espontáneo. El silencio, la reducción de la visión y el encierro en soledad son los actos en que se sustenta." (p. 67-68)

Además de estas operaciones que se ponen en juego, entiendo que en la cárcel hay personas que se mueven, que resisten, que tienen capacidad de acción. La cárcel es dinámica e implica movimiento, lucha de poder. No son "detenidxs" las personas que la habitan, su vida sigue desenvolviéndose, no hay una "pausa" en el tiempo. Las personas privadas de su libertad presentan cierta trayectoria de vida similar: la vulneración de derechos; y esto no es casual, habla de la criminalización y persecución de la pobreza, de la exclusión, de la desigualdad del sistema. Es también

desde esta clave que me parece interesante pensar en las masculinidades en contexto de encierro, partiendo de una perspectiva de género feminista.

La mirada a través de la perspectiva de género feminista nombra de otras maneras las cosas conocidas, hace evidentes hechos ocultos y les otorga otros significados. Incluye el propósito de revolucionar el orden de poderes entre los géneros y con ello la vida cotidiana, las relaciones, los roles y los estatutos de mujeres y hombres. Abarca, de manera concomitante, cambiar la sociedad, las normas, las creencias, al Estado (...). (Lagarde, 1996 ,p.6)

Es así que entiendo que la perspectiva de género no está escindida de la perspectiva de clase, y que esto es un punto importante a la hora de hablar de masculinidades en contexto de encierro. Si reconocemos que la vida de estas personas está atravesada por múltiples vulneraciones y violencias, la violencia de género pasa a ser una más entre otras, se naturaliza.

Para aproximarnos más a esta temática, retomo los aportes de Norberto Inda (1996):

Los síntomas de la normalidad de la condición masculina debieran rastrearse en las secciones periodísticas sobre hechos delictivos, en las estadísticas sobre suicidios y accidentes, en la población de las cárceles. Ámbitos éstos de una abrumadora presencia masculina, no atribuible a una inherencia de la agresividad como cualidad propia de varones sino a la oferta representacional que asegura en el riesgo, en la acción, en el límite del esfuerzo, una cuota de virilidad que se confunde con masculinidad. (p.222)

Los varones con los que nos encontramos en las cárceles son sostenes y reproductores de la masculinidad hegemónica, donde se entienden como atributos positivos la dureza, firmeza, no expresar los sentimientos, ser jefe de familia, entre otros. Al caer preso hay aspectos de esa masculinidad que se ven cercenados por el encierro: ¿cómo “controlar” a la familia cuando se está lejos? ¿cómo ser sostén de hogar?. La masculinidad en este contexto debe encontrar otras formas para sobrevivir, debe mutar ya que mecanismos que antes utilizaba ahora no son posibles. Y esto así también sucede con sus privilegios y las formas de sostenerlos.

Así mismo, la forma de sociabilizarse cambia. La violencia se presenta como medio para resolver los conflictos pero también existen lógicas de compañerismo y solidaridad.

En los procesos identitarios que configura la cárcel podemos identificar el reforzamiento de una persona que no debe expresar debilidades, si la cárcel intenta quebrar a los detenidos entonces no les queda alternativa que hacerse cada vez más duros. Pero la intención de trabajar sobre la identidad del chorro, del tumbero, es poner énfasis sobre la acción, lograr ver las posibilidades de escape sobre los condicionamientos carcelarios. (Rodríguez, 2015, p. 229- 230)

Esta trayectoria de quienes hoy se encuentran en la cárcel, probablemente, estuvo y está atravesada por la lógica neoliberal presente en las políticas sociales o en la relación con el Estado. Con esto me refiero que no podemos dejar de tener en

cuenta el contexto en el que estas personas vivieron y cómo esto impacta también en las subjetividades; ya que esto implicaría invisibilizar el retroceso en materia de derechos -principalmente en los años noventa-, junto con una política estatal que buscaba responsabilizar a la sociedad civil, y cómo estos procesos también ponen en jaque a las masculinidades hegemónicas. Nuevamente, creo importante citar a Esteban Rodríguez (2015) quien habla del “encarcelamiento en masa”, ya que nos puede también aportar a pensar el contexto actual:

Se trata de un fenómeno que sobrevivió al neoliberalismo. En efecto, en la última década, han disminuido los índices de desocupación, la precarización laboral y la marginación, es decir, ha aumentado el bienestar (como mayor presencia del Estado, no como bienestar en sentido literal) para los sectores más pobres, sin embargo, no sólo el delito se mantuvo, sino que además, la tasa de encarcelamiento ha continuado en ascenso. (p. 15)

De esta manera, ante la múltiple vulneración de derechos, ¿cómo ir a cuestionar sus privilegios? ¿de qué manera hacerlo? No hay que olvidarnos con quién estamos hablando, porque cuando hablamos desde el feminismo, que los varones tienen que deconstruir su masculinidad y cuestionar sus privilegios también hablamos de los varones de los sectores populares, y también hablamos de aquellos varones que están privados de su libertad. Sabiendo, además, que es un proceso, que hay que lograr sostenerlo en el tiempo y que también implica angustia, incomodidad, incertidumbre, ¿es posible? ¿es viable? Si no lo fuera, el proyecto del feminismo quedaría trunco, sería una utopía. ¿Cómo acercarnos un poco a esta utopía?

El cuerpo, las palabras y el trabajo colectivo

A partir de un proyecto de extensión universitaria, es que un grupo de personas realizamos talleres en distintas Unidades Penitenciarias del radio La Plata. En esta construcción un elemento central es la perspectiva de género feminista, buscando que esta sea transversal a la hora de planificar y de llevar adelante los talleres. Y cuando hablamos de transversalidad hablamos de ir dando “batalla” hasta en los pequeños gestos y prácticas a ese machismo que nos habita y que alimenta las masculinidades de aquellos varones con los que nos encontramos. Es decir, entenderlo como proceso invita a pensar -así como pensamos en los micromachismos- en las “micro” disputas que podemos dar para avanzar en el horizonte explicitado. Tener en cuenta con quién trabajamos es esencial.

Una herramienta que nos puede ser útil -y que también habla de un posicionamiento político- es la educación popular. Esta nos permite pararnos de otra manera, escuchar de otra forma buscando que lxs educandxs puedan tener una participación activa, apropiarse del espacio, entablar diálogo y construir lazos en un entorno donde se busca dividir, separar, enfrentar. Pararnos desde la educación

popular habilita a generar un clima de confianza, donde el Servicio Penitenciario no esté vigilando.

En esta relación el otro, ante quien deben mostrarse, es una persona de afuera, lo que les permite vincularse de otra manera sin necesidad de mantener esa 'dureza' que necesitan para transitar el día a día. Dentro de las instancias educativas la expresión es la principal motivación y se puede lograr porque la relación no se establece en términos de dominación sino que se plantea como diálogo. (Rodríguez, 2015, p. 227)

Y como educadorxs, en este proceso, con esta utopía, también tenemos que hacernos carne de esta perspectiva en nuestra forma de vincularnos con quienes participan del taller, a la hora de explicar las actividades, de poner el cuerpo.

Algo que me parece importante mencionar a la hora de pensar en poner en jaque estas masculinidades es no perder de vista dónde estamos pisando: la cárcel. Y con esto me refiero a que nuestra motivación para cuestionar sus privilegios y desde ahí generar un proceso de reflexión en torno a esto no puede perder de vista que se encuentran en situaciones de mucha vulnerabilidad. Al mismo tiempo, puede que sea la primera vez que se cuestionen algunas cosas, que se las pregunten y esto significa "moverles el piso", sus esquemas perceptivos y proponerles lugares que pueden resultar muy incómodos al principio. Para realizar este proceso, tal vez sea más conveniente no personalizar tanto nuestras intervenciones, sino poder trabajar más en términos abstractos.

Ya dejando en claro lo anterior, entiendo que hay tres aspectos que al ponerlos en juego podemos interpelar a estas masculinidades y al mismo tiempo poner en jaque al sistema carcelario: el uso del cuerpo, la puesta en palabras y el trabajo en equipo.

Con respecto al primero entiendo que es de suma importancia pero que al mismo tiempo es el más difícil, ya que "las acciones lúdicas soportan el peso de las representaciones sociales y culturales" (Lesbegueris, 2014, p.53). El cuerpo en los varones y entre los varones, cuando son adultos, es difícil ponerlo en movimiento, ponerlo en la escena. Cuesta hacer dinámicas en las que tengan que estar juntos o entrar en contacto. Entiendo que aquí está latente la heterosexualidad obligatoria, y como en un espacio donde el cuestionamiento a la propia sexualidad u otra orientación sexual cuestan "caro" a esa masculinidad, es parte de la virilidad, de lo que los hace ser hombres. "El juego y el cuerpo están, desde temprana edad, íntimamente relacionados. Accionan recíprocamente, se necesitan, se modifican, se nutren. No existe el jugar descorporizado, ni el cuerpo sin rastros lúdicos que atestigüen la presencia de otros cuerpos." (Lesbegueris, 2014, p.52) Es así que invitar a jugar con el cuerpo parece un desafío, pero después se disfruta. Se disfruta porque se pone en jaque también a la institución, que lxs quiere quietxs, pasivxs, sin pensar, sin cuestionar.

El segundo, la puesta en palabras de los anhelos, deseos, sentimientos. Las masculinidades hegemónicas se caracterizan por la dificultad de expresar lo que pasa, lo que angustia.

Julio dice que 'en la cárcel no se habla' para ilustrar que los conflictos en el interior de los penales de máxima seguridad se resuelven con la violencia. Esta manera de vivir cotidianamente hace que las personas se alejen de su lado expresivo y pasen a estar a la defensiva constantemente, la comunicación se acota, no encuentra canales para desarrollarse en tanto diálogo o expresiones físicas de camaradería, solidaridad o afecto. (Rodríguez, 2015, pp. 217-218)

Es entonces una apuesta proponer espacios donde también se verbalice lo que se siente, permitiendo un canal de descargue, en confianza, entre pares.

Y es en sintonía con estos dos ejes que aparece el tercero: el trabajo en equipo, la cuestión colectiva. En la cárcel se busca aislar y enfrentar a quienes la habitan, y por eso pensar en espacios donde lo grupal sea condición básica de funcionamiento es revolucionario, desafía las lógicas carcelarias; y al mismo tiempo habilita a pensar salidas, respuestas, resistencias colectivas.

Consideraciones finales

Habitar el encierro es hostil, e implica interiorizarse de lógicas y hacerse de saberes que permitan transitarlo. No podemos desconocer que abordar estos temas, generar espacios de confianza para laburar con varones privados de su libertad es algo difícil de construir y que fácilmente puede desarmarse. Necesario es, también, no olvidarnos que quienes vuelven a las celdas, quienes tienen que sostener lo que sale en el taller son ellos.

Al mismo tiempo, este desafío se presenta como necesario y urgente si entendemos que el acoso callejero, los micromachismos, los femicidios están íntimamente relacionados con cómo como sociedad construimos nuestros vínculos, con los valores que imperan, con relaciones de poder, no podemos dejar de trabajar con los varones. Esto implica entonces, trabajar también con varones en contexto de encierro.

Salir al colegio es la oportunidad de salir a descolgar de la caja.

*Es tratar de hacer un rescate en el camino,
entrar al colegio y ver un mundo distinto.*

(escrito desde adentro)

Bibliografía

- Atrapamuros: Colectivo de educación popular en cárceles. Insumos internos. (2017)
- Bouilly, M.; Daroqui, A.; López, A. L. Capítulo 3 “Las condiciones de vida en la cárcel: producción de individuos degradados y de poblaciones sometidas como parte de las estrategias de gobierno penitenciario” (pp. 203-230). En Daroqui, A. (comp.). “Castigar y gobernar: hacia una sociología de la cárcel. La gobernabilidad penitenciaria bonaerense.” Ciudad Autónoma de Buenos Aires: CPM y GESPyDH, 2014.
- Daroqui, Alcira (s/f). Cap. V: “Violencia carcelaria y universidad” (pp.85-101). En Izaguirre, Inés (comp.) Violencia social y Derechos Humanos. Ed. Eudeba. s/f
- Garda Salas, Roberto (2010). Intervención integral con hombres que ejercen violencia contra su pareja. México, Hombres por la equidad a.c.,. Segunda parte, cap. 1 y 2.
- Inda, Norberto (1996). “Género masculino, número singular”. En: Burin, M.; Dio-Bleichmar, E. (comp.). Género, psicoanálisis, subjetividad. Bs. As., Paidós.
- Lagarde, Marcela (1996), “El género”, fragmento literal: ‘La perspectiva de género’, en Género y feminismo. Desarrollo humano y democracia, Ed. horas y HORAS, España, pp. 13-38.
- Lesbeguiris, Mara (2014). ¡Niñas jugando! Ni tan quietas ni tan activas. Ed Biblos. El cuerpo propio. CABA. Cap. II El jugar como praxis de corporización. (pág. 47-102)
- Rodriguez, Esteban y Viegas Barriga, Fabián (ed.). “Circuitos carcelarios: estudios sobre la cárcel Argentina” Cap. I, II y VII. La Plata: Universidad Nacional de La Plata, 2015.
- Volnovich, Juan Carlos (2006). Capítulo II: El proceso de devenir varón (pp. 25-45) en “Ir de putas: Reflexiones acerca de los clientes de la prostitución”. Ed. Topía, Buenos Aires.